

Aproximación al morfema: Romanticismo alemán

OSWALDO MARKET

1. Su localización histórica

El Romanticismo es el movimiento cultural más vehemente y el último de los surgidos en Alemania en el siglo XVIII. Nace, pues, muy cercano al inicio del siglo XIX, en el momento en que triunfa el clasicismo de Goethe y Schiller, al cual, en principio, pretende completar y al que admira (sobre todo en la obra y persona de Goethe).

En la Alemania de la Ilustración se detecta un afán de creatividad creciente fomentado, a pesar de su afrancesamiento, por Federico el Grande (rey de Prusia de 1740 a 1786). Kant declaró a su época «el siglo de Federico» (*¿Qué es ilustración?*, 1784; Ak. Ausgabe II, 40). En él se suceden movimientos innovadores, grandes empresas de pensamiento original y crítico y una actividad artística excepcional. En Filosofía pásase de la ilustración wolffiana (Christian Wolff muere en 1754), con secuelas importantes en el campo de la teología («Neologismo»), al giro radical de Kant (1724-804), que marca el inicio de una nueva época filosófica. A Bach (†1750), Händel (†1759) y Telemann (†1767), suceden Haydn (1732-1809), Mozart (1756-1791) y el primer Beethoven (1770-1827). Winckelmann (†1768) y Lessing (†1781) fomentan una reflexión profunda sobre la obra de arte y sobre cuestiones estéticas. La literatura recoge esas inquietudes y se hace portadora de programas vitales y de pensamiento. Al Racionalismo literario, ilustrado y optimista, sigue el período de la llamada «Empfindsamkeit» (emotividad), con Albrecht von Haller (†1777), que abre rutas para la superación de aquél, recurriendo a la vivencia y rozando a veces el irracionalismo. En sus *Pensamientos sobre Razón, Superstición e Incredulidad* escribe: «Todos nosotros erramos, sólo que cada uno yerra de otro modo.» En este movimiento participan Lessing (que con otros apela ya a Shakespeare), Wieland (†1813, que publicó en 1775 *Entusiasmo y Exaltación*) y Klopstock (†1803).

* Este artículo ha sido redactado para el léxico titulado *Terminología científico-social. Aproximación crítica*, que publicará Anthropos. Editorial del Hombre. De ahí el estilo y la forma del mismo. Agradecemos a su director la autorización concedida para la aparición del mismo en nuestros «Anales».

Pero es sobre todo el movimiento denominado «Sturm und Drang» (título de una obra teatral de desaforadas pasiones, *Acoso y Oposición*, (1777), iniciado entre otros por Hamann (†1788) y Herder (†1803), el que precede inmediatamente al Romanticismo. El «Sturm und Drang», en el que llegaron a participar Goethe y Schiller, exalta la genialidad, los sentimientos cordiales (recuérdese el «piense menos y viva más» de Hamann), detecta en el hombre fuerzas ocultas que deben ser humanizadas, eleva la fe y la creencia sobre el conocer y, con Herder, invita al hombre a superar su egoidad para hundirse en las entrañas de sí mismo, desde donde se debe recrear: «Eres tu mismo creador y tu criatura» (poema *Selbst*, publicado sólo en 1797). Con sus más o menos lejanos ecos del «Pietismo» (orientación religiosa que atraviesa todo el siglo), su búsqueda de los arcanos de la poesía popular y del hombre mismo en su historia, y la insatisfacción que la impregna, que contribuye poderosamente a la constitución de la conciencia fáustica, preludia la rebelión sorda, pero pletórica de ilusión y de sentimientos cósmicos, que estalla pronto impetuosa, incontenible, con pasmosa creatividad en el movimiento romántico.

El Romanticismo no es ninguna consecuencia «natural», ninguna prolongación de las fases que le preceden; ni siquiera una reacción ante ellas. Lo que no quiere decir que no tenga nexos con las mismas o que sea insensible a todos sus mensajes. Lo que radicalmente deja de lado sin lucha, con desprecio, es lo que aquéllas conservan aún de ilustrado o de conflicto abierto con la Ilustración. El que el concepto de Historia romántico haya maltratado injustamente al del Siglo de las Luces es una leyenda. Quizá haya sido culpable de no haberlo tenido en cuenta. Es que, simplemente, ha creado otro: el nuestro. Por lo demás, y a pesar del salto gigantesco que da en relación a cuanto lo precede, el Romanticismo debe ser conectado con su época, de la que recibe materiales, sugerencias, y en la que se implanta, pero con las características revolucionarias del inicio de un periodo crucial de Occidente: aquél en cuyo horizonte aún nos movemos. Prueba de que no parte de un desarraigo histórico-cultural, que sería utópico, es su ya mencionada primera filiación al Clacisismo. Pero la publicación del *Wilhelm Meister* (1797) de Goethe le hace tomar conciencia de la distancia y de su propia fuerza. El *Heinrich von Ofterdingen* de Novalis, que apareció póstumo en 1802, es en gran medida la réplica romántica a aquella obra.

2. Precisiones iniciales

El calificativo «romántico» designa en nuestras latitudes, pero no sólo en ellas, un talante soñador, de tintes profundamente melancólicos y hasta mórbidos, un mundo irreal y vaporoso, un paisaje solitario, mas profusamente inundado de un verdor silvestre, en el que tal vez alguna pérdida ruina se deja cubrir por la hiedra. En el fondo se percibe un llanto, con que el «romántico», dulce y tristemente, expresa el presentimiento cierto de su próxima

desaparición o la muerte de la amada, en una especie de goce por la vivencia de lo efímero. El «romántico» canta la soledad, el presagio de la flor marchita, los vapores fantasmagóricos del día grisáceo en que se siente arropado en su dolor, quizá bajo la ligera lluvia de un atardecer indefinido. En su mundo anida la indeterminación, la sugerencia de lo inasible, la fusión de las formas, barruntos... Pero en él adivinamos al protagonista (el tema incesante de sus pensamientos), que se entrega en un disfrute cálido y sensual a sus meditaciones melancólicas, interesado auténticamente sólo por sí mismo y por los sentimientos depresivos que cultiva y en los que él hace consistir su vivir. Sí, ésta es la imagen que han proyectado ciertos tonos de una poesía, de una pintura y de *Lieder*, que se acogen expresamente a lo que llaman «romántico». Privilegiadamente ha encontrado su campo de expansión en el siglo XIX, aunque es indudable que tiene modelos más antiguos y, a veces, hasta auténticamente *románticos*. Pero en ese caso sólo han hurgado en aspectos marginales, anecdóticos, esparcidos acá y allá en las grandes obras del verdadero espíritu del Romanticismo. Algunas de éstas, por razones especiales, hasta han reunido parte de estos elementos. Así, Franz Schubert (1797-1828) en su *Winterreise*, quizá su ciclo más bello de *Lieder*, compone sobre un texto de Wilhelm Müller pleno de tristes lamentos, que aquél sublima con un acompañamiento pianístico de inventiva genial y vibrante, mientras modula al nivel de una belleza difícilmente alcanzable. Hay aquí un desfase entre texto y música (aunque el texto lo eligiera Schubert mismo), en el que se ejemplifican el alcance de lo «romántico» y un modo auténtico y personal de construir música *romántica*. Si, moviéndonos aún en el terreno de la música, recordamos a Schumann (1810-1856), cuya revolución en el tratamiento del material sonoro y su configuración armónica y estructural aún incomodan a ciertos estudiosos del arte de nuestro tiempo, no tendremos por menos que reconocer que la fuerza imponente que domina gran parte de su obra, dotada de un impulso vital creativo, que abre horizontes insospechados de poder y energía a través de sus vigorosos acordes, recrean para nosotros un mundo ignorado donde impera algo muy alejado de lo meramente lacrimógeno y que es, justamente, su contribución al Romanticismo musical.

Todo ello nos advierte acerca de la unilateralidad superficial con que se ha circunscrito el quehacer, los propósitos grandiosos revolucionarios y la gran obra del Romanticismo. Este no se confina en esa poesía especialmente melancólica ni siquiera en la poesía en general, aunque sea lo literario, lógicamente, uno de los modos de expresión del Romanticismo más fácilmente asequibles y detectables. Alguno de los mismos fundadores del primer movimiento conscientemente romántico, cuando por el campo de investigación con el que estaban más familiarizados, tomaban como referencia el de lo poético y literario, daban pie inadvertidamente a una interpretación reductora de su gigantesco programa. Es el caso de Friedrich Schlegel (1772-1829), el auténtico conductor del primer grupo confesadamente romántico, como veremos, cuando define a la «poesía romántica», en el famoso fragmento 116 de la revista *ATHENAEUM*, como «eine progressive Universalpoesie». Él, el

gran hermenéuta, el fomentador de una nueva moral en que se enfoca abiertamente ya la vida sexual, uno de los primeros indagadores del pensamiento indio, el primer autor de una *Filosofía de la Vida* (*Philosophie des Lebens*, 1828), entre otras grandes empresas, mira tras el prisma de lo literario para presentarnos su visión de la «poíesis» radical. Si a esto sumamos que su hermano, August Wilhelm (1767-1845), unido al grupo, es el gran especialista del mismo en *Historia Universal de la Literatura*, y que los primeros nombres que suenan son de grandes poetas, como Novalis por ejemplo, parece que la suerte del Romanticismo se juega sólo dentro de aquel campo. Resulta, sin embargo, fácil ver cómo elaboran filosofía (los escritos filosóficos de Novalis poseen un gran interés, sin contar los de Schelling), otros se lanzan a una reforma de la Teología, como Schleiermacher (llamado «el segundo reformador» —después de Lutero, naturalmente) o determinan la investigación histórica y de Filosofía de la Historia en el siglo XIX y aún en el XX. Crean la Universidad moderna, con Wilhelm von Humboldt (1767-1835). Inclusive pretenden transformar la reflexión y el estudio de la naturaleza; como intenta Schelling. En fin, su campo de acción es tan vasto como la compleja diversificación del vivir mismo.

Y sin embargo el adjetivo *romántico* se aplica a reducidas áreas, cuando se le emplea en sentido «técnico». Sólo de la literatura, la filosofía y de pocas materias más, cuando se las confina a unos pocos decenios, se «dice» que son románticas. Y aquello que de *romántico* se le reconozca a la literatura, consideran los germanistas que es recinto acotado para sus estudios. Esta ceguera y vicio de origen, que reduce el Romanticismo a un «estilo» artístico y, privilegiadamente, al literario, es el mayor prejuicio que habría que desmontar para *comenzar a estudiar el acontecimiento romántico*. Pues su estudio está en una etapa tan incipiente, tan inconcebiblemente sólo vislumbrada, que tal situación nos obliga forzosamente a sospechar que lo implicado con la denominación de Romanticismo se ha situado siempre en el punto ciego del meditador decimonónico y, con mínimas variantes, en las del XX. Lo que quizá sólo puede suceder, si lo *romántico* es de tal manera su entorno y disposición vital, que le resulta invisible, como se dice del bosque para el que se deja rodear por su árboles.

Por ello se hace imprescindible en este artículo el estudio de la recepción y *objetivación* del fenómeno romántico a lo largo de los casi dos siglos que nos separan de su inicio. La consideración de las modulaciones más relevantes del proceso de su incipiente asimilación y comprensión marcan pautas significativas (véase, sobre todo el punto 5 de este artículo).

Desde luego si, como defendemos, reina en este campo extraña confusión y oscuridad, habrá más de un factor que las provoque. A la falta de adecuada perspectiva habrá que sumar la circunstancia de las «manifestaciones» literarias con que se anuncia. Y, sobre todo, el que un número reducido de hombres de gran talento y hasta geniales se hayan considerado los protagonistas del evento, como si ellos fuesen los soportes únicos del mismo. Ya Schlagdenhauffen en su obra *Frédéric Schlegel et son groupe. La Doctrine de l'Athe-*

naeum (tesis doctoral, Strasbourg, 1934), defendió que con la estancia en Jena del «grupo» tiene lugar la verdadera «constitución de la escuela romántica». Es indiscutible que la historia de los datos objetivables del surgimiento del Romanticismo, con las cautelas que acabamos de señalar, tenemos que hacerla arrancar del encuentro en Jena de una serie de jóvenes, muchos de ellos geniales, en los últimos años del siglo XVIII.

3. Breve historia de los primeros avatares autorreconocidamente románticos

Si los acontecimientos que se dejan aislar, narrar y describir con ciertos contornos correspondiesen siempre a una realidad profunda (nos referimos a eventos en la dinámica de la cultura y de la vida del espíritu), resultaría facilísimo acotar el área en que nace el Romanticismo, la ciudad y casi hasta el día, si es cierto, como se afirma, que sale a la luz con la publicación de la revista *ATHENAEUM*. Sabemos, en efecto, que su primer número se lanzaba al mercado a fines de la primera quincena de mayo de 1798, seguido, a poco más de dos semanas, por el segundo. Pero como suceso tan testificable no es el del nacimiento de un individuo, sino el de la aparición pública de un grupo humano, que pasa a protagonizar todo un movimiento cultural, teniendo que suponer que cada miembro del mismo ha seguido sus particulares derroteros hasta el momento del encuentro con los otros, deberíamos preguntarnos por las afinidades —y hasta por las complementariedades de cada uno— que permitieron que sus sendas coincidieran, al menos durante un trecho. Es evidente que aquí sólo podemos conformarnos con indicar la tarea sin entrar a ella. Por otra parte, el «grupo» del *ATHENAEUM* no contaba con algunas importantes figuras del primer Romanticismo, ni todos ellos eran «románticos» en sentido estricto. Pasemos, pues, a los hechos.

Jena, minúscula ciudad (como casi todas las de aquella época), se había ido convirtiendo a partir de mediados del siglo XVIII en un importante centro universitario. En la década de los 80 se destacó sobre todo por la enseñanza de la Filosofía. Contribuyó poderosamente a ello la atención que se prestó desde su universidad al pensamiento kantiano. Max Wundt, en su obra de imprescindible consulta, *La Filosofía en la Universidad de Jena* (Jena, Fischer, 1932), afirma que el primer curso de lecciones de un «kantiano declarado» tuvo lugar en aquella ya en 1785. Otras contribuciones prepararon la confección por Reinhold de las *Cartas sobre la Filosofía kantiana* (publicadas primero por separado a partir de 1786), que alcanzaron gran fama. En 1787 es nombrado Reinhold profesor de la Universidad, por la que durante más de quince años van a pasar los más importantes pensadores de la época.

Jena estaba separada de Weimar por una veintena de kilómetros. En la pequeña ciudad residencial, de aproximadamente 6.000 habitantes, reinaba el genio de Goethe que, además, ocupaba los más diversos cargos ministeriales del pequeño ducado. A su llegada, en 1775, se encontraba ya allí el gran poeta Wieland. Pronto Goethe invitó a Herder y se ocupó de que a la Univer-

sidad de Jena acudieran importantes figuras. En 1788 le dio una cátedra a Schiller. En 1793, al marcharse Reinhold, intervino para que le sustituyese Fichte. La estancia de éste en Jena (hasta 1799) marca el momento culminante de la Universidad, de la que vendrían a ser docentes Schelling y algo posteriormente F. Schlegel y Hegel, entre otros.

No puede extrañar, por lo tanto, el que Jena y Weimar hayan jugado el papel decisivo en la cultura alemana de fines del XVIII. Antes mismo de llegar Fichte aparece allí Friedrich Hölderlin (1770-1843), que pronto quedará cautivado por las lecciones de aquél y de cuyos primeros escritos dará cuenta a Hegel. En 1790 se había matriculado en Jena el joven Novalis (Friedrich von Hardenberg, 1772-1801), que entró en contacto con Schiller. Más tarde lo hará con Hölderlin, retomaré su amistad con F. Schlegel (iniciada en Leipzig en 1792) y mantendrá un trato continuado con el selecto mundo que allí vive y allí acude.

Por lo que hemos visto, Jena era un lugar ideal para el encuentro de pensadores, sobre todo jóvenes, que buscaban afanosos el clima humanista y estimulante que irradiaba aquel privilegiado centro. Aunque ese solo hecho no puede justificar el que algunos de entre ellos se solidarizaran en una causa común y se propusieran unir sus dotes creativas en un mismo empeño. Pero las circunstancias colaboraron a que el encuentro se diera.

Estas funcionan aceleradamente cuando en diciembre de 1795 invita Schiller a colaborar en las *Horen* a A. W. Schlegel (1767-1845), teórico de la historia de la literatura y pronto conocido y famoso traductor (de Shakespeare, de cinco dramas de Calderón, descubridor en Alemania de Camões, etc.). Al año siguiente se instala en Jena, donde contrae matrimonio con Carolina Michaelis que, por sus sucesivos matrimonios, se ha llamado Böhmer, durante algún tiempo Schlegel y, finalmente, Schelling. Mujer de grandes dotes (por desgracia también para la intriga), será un motor importante del movimiento. Es entonces cuando acude a Jena F. Schlegel (1772-1829), aprovechando la estancia allí de su hermano mayor. A su vida disipada de Leipzig han sucedido, desde comienzos de 1794 en Dresden, años de intenso trabajo. Trae consigo un bagaje importantísimo de estudios, vertidos en escritos varios, sobre filología griega, con enfoques histórico-filosóficos de gran interés, en los que busca revolucionaria, pero también desordenadamente, sentar las bases de una estética radical.

El año 1797 está también cargado de sucesos importantes. El joven Schlegel, incansable y dinámico, entra en contacto con Berlín, donde en torno a los salones de Henriette Herz (esposa del famoso discípulo de Kant, destinatario de tantas cartas importantes de éste) se empieza a gestar otro grupo «romántico». Se hace amigo de Ludwig Tieck (1773-1853), especial representante de la «ironía romántica»; y sobre todo de F. D. E. Schleiermacher (1768-1834), que participará activamente en el movimiento romántico, como filósofo de la Religión y teólogo y del que ya antes recordábamos que ha sido llamado «el segundo reformador», después de Lutero. De especial relevancia para su vida personal, pero también para el Romanticismo, es su

encuentro con Dorotea Veit, hija del famoso Moses Mendelssohn, figura importante de la Ilustración alemana. Schlegel pasará a vivir con Dorotea, con la que contraerá matrimonio en 1804. En aquel mismo año conoce también en Berlín a Rahel Levin, otra mujer dotada y activa participante del movimiento que se gesta. Obsérvese de pasada cómo con el Romanticismo entran en la vida cultural de la época mujeres de gran talento, de amplias ideas, que comparten el protagonismo de los grupos de Berlín y Jena. Sólo H. Herz permanece confinada en su ciudad.

De estos factores externos que acabamos de mencionar hay que destacar lo más importante que encierran: nos referimos a la intensa actividad de estudios incesantes, intercambio riquísimo de ideas y hallazgos, a la primera configuración, en suma, del proyecto, cuya primera manifestación aún *in statu nascendi*, será la revista *ATHENAEUM*. De ese trabajo y diálogos, que se extienden a lo largo del año y medio que transcurre desde el verano del 96 a fines de 1797, tenemos abundantes documentos. Todo ello confluirá como decíamos en la gestación y, por último, aparición de *ATHENAEUM*. Ahí colaborarán los hermanos Schlegel, Dorotea Veit, Carolina Schlegel, Novalis y Schleiermacher. Los restantes colaboradores son el matrimonio Bernhardt, K. G. Brinkmann y A. L. Hülsen que, salvo el caso poco significativo de Sofía Bernhardt, escriben bastante en la revista, pero participan menos de su espíritu.

La revista se publicó durante tres años y desapareció en 1800. La viva actividad espiritual de los colaboradores estaba en un punto culminante, pero se habían cansado de la empresa. Cada uno desarrollaba planes propios de publicaciones, contaba con menos tiempo, todos se habían dispersado geográficamente, surgían malentendidos y lejanías personales entre ellos; en fin, la unidad del grupo se había roto. En el último número Novalis ofrecía sus *Hymnen an die Nacht*. El también se ausentaba de la escena, perdiéndose en la noche (moría antes de cumplir los 29 años), pero su espíritu permanecería *mágicamente* presente dando un último halo de unidad a lo que fue.

En *ATHENAEUM* no colaboró L. Tieck, ni Jean Paul (1763-1825), ni Heinrich von Kleist (1777-1811), ni Clemens Brentano (1774-1842), ni tantos otros que pertenecen por su espíritu a ese primer impulso del Romanticismo. Y eso mencionando sólo a algunos de los grandes de la vertiente más literaria. ¿Qué diríamos de Franz von Baader (1765-1841), el teósofo, y del filósofo Schelling (1775-1854)? ¿Dónde queda la escuela de Heidelberg con Joseph Görres (1776-1848) a su cabeza? Sería trivial aumentar las referencias con un par de docenas de nombres bien conocidos. No nos interesa. Pero sí el hacer dos observaciones. La primera, que el grupo de Jena, con su papel innegable de promotor genial y de obligado punto de referencia, es sólo un momento, aunque privilegiado, del Romanticismo. En segundo lugar, que si el movimiento romántico es expresión del espíritu de una época, tienen que permanecer para nosotros en la sombra muchos protagonistas silenciosos, que, desde las más variadas actividades, contribuyeron a la promoción y realización del movimiento, del cual conocemos sólo algunos momentos. Por otra parte,

como sucede en todo estadio vivo de la cultura y del espíritu. Sabemos de la música romántica, de la filosofía, de la teología y de pocos más recintos del quehacer de la época. Ignoramos mucho más. ¿Cómo podemos en estas condiciones avanzar algunas notas características del Romanticismo? Intentémoslo, aunque sea a título provisional y conscientes de lo aún infundado de la empresa.

4. Notas para una caracterización del morfema «Romanticismo»

Decíamos que sólo de la literatura, de la música, de ciertas tendencias filosóficas y de poco más se afirma que han sido o son «románticas». Y también, que la reducción del Romanticismo a unos cuantos quehaceres de la vida espiritual es desacertada. Pero tenemos que reconocer que, de hecho, los hallamos fundamentalmente en textos del «grupo» de Jena. Por tanto, en reflexiones sobre un nuevo ideal estético, religioso, de pensamiento, de *misión* del ser humano, que se expresa la mayor parte de las veces en referencia a la *poiesis* y preferentemente al hilo de una elaboración teórica de teoría literaria, de hermenéutica, de Filosofía de la Historia y de una nueva concepción de lo ético. Nuestro campo de investigación más segura se encuentra así reducido a la tarea de unos cuantos hombres, inclusive a unos años la mayor parte de las veces, y en relación a determinadas temáticas. Pero también hay que reconocer que éstas son de extraordinaria importancia. Igualmente estamos convencidos de que diferentes manifestaciones del espíritu humano están entrelazadas por más o menos ocultos lazos que, bien observados, denuncian una arquitectura en dinamismo, es decir, un morfema cultural. Tenemos, pues, indicios del mismo respecto al Romanticismo, aunque sabemos que éste no revela aún su estructura interna. Como categorizar a partir de indicios es aventurado y reposa sobre bases frágiles, tendremos aquí que contentarnos con el inicio sólo de una caracterización. No poseemos, además, la ayuda segura que nos ofrecerían criterios sólidos, que nos permitieran determinar sin lugar a dudas quién es o no es romántico. Artistas, pensadores, poetas, hombres de acción integrados en la dinámica de un morfema cultural no suelen ni reparar en él; se remiten a realizarlo. Una brillante excepción nos lo aclara. Cuando Zöllner lanza desde la revista *Berlinische Monatsschrift*, en diciembre de 1783, la pregunta *Was ist Aufklärung?*, un gran número de pensadores alemanes pasan a responderla. El proceso de la tematización de la Ilustración (alemana) se ha puesto en marcha.

Antes de seguir adelante con nuestro propósito, permítasenos aún otra advertencia. Reparamos en que cada nota o perfil insinuado debería ir en compañía de su acotamiento histórico, de la precisión de los límites dentro de los que es válido y de las zonas del Romanticismo en que se encuentra. La brevedad de un artículo no permite, con todo, esa precisión.

a) *El Romanticismo, morfema cultural*

Lo primero que debe decirse del Romanticismo es que se constituye en un *movimiento total*. Hasta hay un cierto acuerdo sobre ello. Con tal caracterización pretendemos insistir en algo ya dicho: el Romanticismo pretende moldear el universo humano (en el que el hombre vive y desde el que *es*) englobando la orientación de *todas* sus actividades, y eso de un modo bastante visible y, en gran medida, consciente de ello. De ahí que el R. no sea sólo un estilo poético, musical o una tendencia religiosa. Es decir, reúne las características de una *renovación histórica radical*, de un morfema.

b) *El Romanticismo y la Revolución francesa*

Tal radicalidad se traduce en su *pretensión revolucionaria*. Desde la década de los ochenta los pensadores alemanes se refieren a la «revolución», por tanto antes de que estalle la francesa. Pero no piensan en una revolución violenta. Es más, Kant la rechaza radicalmente por ineficaz. Así lo leemos en su escrito de 1784 acerca de *¿Que es Ilustración?* (Ak. Ausgabe, VIII 36): nunca se conseguirá con ella una «verdadera reforma del modo de pensar». Posteriormente, insistirá en que la revolución del espíritu que el hombre debe llevar a cabo no puede radicar en una paulatina reforma o modificación de sí mismo, «sino en una convulsión de su modo de pensar» (*Die Religion*, ibi., VI 48). No vamos a entrar aquí en lo que Kant entiende por «modo de pensar»; contentémonos con indicar que es la «constitución de un carácter», única condición para que el hombre piense y sea por sí mismo.

Los románticos están convencidos de que su «misión» es revolucionaria. Y ellos tienen ya tras de sí el «modelo» francés. Pero conocemos bien el estado de espíritu que la Revolución francesa provoca en la inmensa mayoría de los pensadores alemanes. Va del entusiasmo al recelo, hasta la indiferencia. El giro se produce en el año 1793. Luego se produce una matizada admiración por Napoleón. Curiosa, pues tiene lugar cuando el país se ve invadido por las tropas francesas. De los románticos podemos decir, resumidamente, que aprecian el fenómeno y lo consideran un gran acontecimiento de su tiempo, pero no se sienten arrastrados por él. F. Schlegel escribe en el fragmento 216 de *ATHENAEUM*: «Las tres máximas tendencias de la época son la Revolución francesa, la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte y el *Meister* de Goethe.» Obsérvese la manera de apreciar acontecimientos históricos como «tendencias», o sea, como manifestaciones de la dinámica de un todo, que no hipostasía los hechos, sino que los engloba en su raíz en la fuerza expansiva del espíritu. Podemos añadir que el Romanticismo suele ser enfocado muchas veces al contraluz de calificaciones que lo muestran como «conservador» o «progresista». El tema es complejo, ya que no puede estudiarse a partir sólo de la trayectoria personal de sus miembros. Por otra parte no nos parece de gran relevancia, aunque posea alguna.

c) *La «revolución» romántica: primeras consideraciones*

Decíamos que el Romanticismo se presenta con una radicalización *revolucionaria*. Debemos aclarar en qué sentido. Podemos intentarlo a través del fragmento de F. Schlegel acabado de citar. Lo que tienen de común las tres «tendencias» señaladas en él, es que representan tres modos de *trocar el destino en libertad*. El Romanticismo, sobre todo el temprano, se levanta contra toda ley, que no sea la que uno se da a sí propio. Y esto lo aplica a las formas musicales, a la moral convencional de la convivencia, a la poética, en suma, a la actitud humana ante la realidad. De ahí que su antropología embrionaria se adose fácilmente y con entusiasmo a la concepción fichteana de la libertad radical. En efecto, el Romanticismo no es sólo ni fundamentalmente un canto a la libertad, sino ante todo una nueva conciencización de la misma y el esfuerzo por conquistarla, aun a sabiendas de que ello le enfrentará al destino y hará más patente la escisión en la que el hombre consiste. Esta conciencia de una constitutiva ruptura interior es uno de los rasgos románticos más visibles. Vémoslo más de cerca, aunque interrumpamos momentáneamente nuestra meditación sobre el carácter revolucionario del Romanticismo.

d) *La conciencia romántica de la escisión humana*

La búsqueda de autenticidad, no siempre carente de alardes que denotan euforia e inmadurez, podía chocar con el entorno en que vivían, al apartarse de sus normas. Pero su rebeldía ante normativas establecidas no estaba guiada por el anhelo del caos y menos por buscar entrar en contradicción con el mundo, por el mero placer de crear el conflicto. Es que la vocación romántica de situarse en la perspectiva de la intimidad, sin renunciar a la expansión en el universo y en la naturaleza buscando en sí el esbozo del mundo y en éste el de sí mismo, introducía necesariamente una ambigüedad y el abismo de la alternativa en el vivir. De ahí la escisión y la difícil autenticidad. Oigamos a Novalis: «¿Qué es naturaleza?: un índice sistemático, enciclopédico o plan de nuestro espíritu» (HKA 2 583). «Buscamos el bosquejo (*Entwurf*) del mundo. Ese diseño somos nosotros mismos» (HKA 2 541). F. Schlegel afirmaba que «el id[éalismo] hace de lo interior emp[iria] y de lo exterior teoría» (K.A. XVIII 915). Y Schleiermacher, en esa maravillosa reflexión íntima que son los *Monologen* (1800), escribía: «Sólo hay libertad e infinitud para aquel que sabe qué es el mundo y qué es el hombre; para quien ha resuelto claramente el gran enigma de cómo hay que separarlos y cómo se interaccionan; un enigma en el que miles se pierden en las viejas tinieblas y como esclavos tienen que perseguir la más engañosa apariencia, porque han extinguido su propia luz. *Lo que ellos llaman mundo es para mí hombre, lo que llaman hombre es para mí mundo.*» (El subrayado es nuestro; ed. crítica de Schiele, ² 1914, pág. 15.) La fácil confusión entre exterior e intimidad, entre naturale-

za y libertad, la descubre el romántico, porque es consciente de la *escisión* que el hombre conlleva.

La escisión la encuentra y denuncia en todos los niveles decisivos del ejercicio de la libertad y, por tanto, en la creación, donde el hombre se resuelve a ser hombre y a hallarse consigo. Hegel, que se apartó del Romanticismo y creyó cortar definitivamente con él, aún deja transparecer el eco de la *escisión* en la dinámica de la *Fenomenología del Espíritu*. Remak ha escrito con gran acierto: «El Romanticismo es el intento de sanar la ruptura en el universo; conecta el doloroso conocimiento del dualismo con el impulso de solución en un monismo orgánico; es la confrontación del caos con la voluntad de integrarlo en el orden cósmico; es el anhelo de reconciliación de los opuestos, de síntesis en consecución de antítesis» (Henry H. H. Remak, 1968).

e) *La «revolución» romántica: posición frente al pasado*

Lo revolucionario del romántico surge de su propia experiencia de desgarramiento. Esta le impulsa, le exige enfrentarse al caos, inclusive a la nada, para darle forma e imprimirle su ley, porque no se siente derrotado ante él. Por ello deja toda norma en suspenso, porque tiene que inventar y crear su propia respuesta al desafío. Y buscará los criterios en una *poiesis* que sobrepasará los cánones estéticos de la belleza e intentará desentrañar el ser humano en lo que tiene de «interesante». Lo *interesante* es convertido por F. Schlegel en núcleo de toda su concepción estética y menciona un transfondo, al que luego aludiremos.

Queremos subrayar que la rebeldía del Romanticismo no surge de una pretensión a ultranza de originalidad ni de querer librarse de una pesada carga histórica o simplemente de una proclividad al conflicto. Sólo excepcionalmente cae en este punto en el capricho y en actitudes injustas, como sucedió en su creciente oposición a Schiller, por antipatía y, sobre todo, por la incisiva intriga de Caroline respecto a él. No es casual que fuera Schiller quien le llamara «Dame Luzifer». Ni que ésta contara en cartas (lo hizo dos veces) el que ella y los Schlegel, que leían el poema de Schiller *Das Lied von der Glocke* (*La canción de la campana*), se rieron tanto con el mismo, que estuvieron a punto de caerse de las sillas.

Como actitud de partida, los románticos no van contra ni a favor de nadie. Admiran a Goethe, como admiraron en un principio a Schiller. Sólo les molestan los «filisteos» de la cultura. Schumann concluía su *Carnaval* con una marcha contra ellos. ¿No fue el romántico Felix Mendelssohn quien redescubrió a J. S. Bach? F. Schlegel padeció de «grecomanía». Pero nunca pretendió reinstaurar el espíritu griego. La de Hölderlin no pasó de ser «poética». De ahí que pueda desorientar la extendida afirmación de que el Romanticismo postula un renacimiento del mundo medieval. A ello ha dado pie, pero no razón, A. W. Schlegel, al retomar y ponerla a la base de su concepción del comienzo de lo «romántico», una sugestiva teoría de su her-

mano menor, objeto de su libro *Über das Studium der griechischen Poesie* (1797), que alcanzó gran difusión. En él se distinguen morfológicamente y en su contenido dos tipos de poesía: la *objetiva* y la *interesante*. La primera, más natural y de menos artificio, constituye el ingrediente fundamental de la poesía griega, que va de la calma belleza de Homero y Píndaro a su máxima culminación en la tragedia ática de Sófocles: «En el espíritu de Sófocles estaban fundidas proporcionalmente la divina embriaguez de Dionisos, la profunda sensibilidad de los atenienses y la suave serenidad de Apolo» (*op. cit.* ed. Paul Hankamer, 1947). La segunda, la *interesante*, es la *moderna o romántica*: «*Interesante* es todo individuo original que contiene un mayor QUANTUM de contenido intelectual o de energía estética» (*op. cit.* pág. 82). Lo «interesante» siempre será relacionado con lo individual a lo largo de este escrito. De este modo, consigue Schlegel establecer un criterio de distinción de dos géneros de poesía, pero, sobre todo, caracterizar dos épocas: la clásica y la moderna. No están separadas por un mero criterio cronológico, puesto que se atribuye a Goethe la síntesis de ambas. Su admiración por Dante y Shakespeare son evidentes en este libro: «La obra colosal de Dante, ese sublime fenómeno en la noche opaca de aquella edad de hierro, es un nuevo documento para el carácter artístico de la poesía moderna más antigua» (*op. cit.* pág. 64). En cuanto a Shakespeare «se puede decir sin exageración que es la *cumbre de la poesía moderna*» (*op. cit.* pág. 79).

No debemos engañarnos, F. Schlegel no entona un canto a la Edad Media, aunque muestra su apertura hacia todo lo que le parece valioso. Inclusive opone el «caballero moderno de la poesía romántica» a «la monotonía carente de espíritu de la caballería bárbara» (*op. cit.* pág. 113). También Goethe quedó deslumbrado ante la belleza del gótico cuando lo descubrió en Strasburg. Los viejos prejuicios fanáticos van cayendo y el hombre «moderno» se enriquece con ello. Pero de ahí a que el Romanticismo pretenda volver a la Edad Media, hay un gran trecho. Aunque Novalis eligiera como héroe de su inconclusa fantasía a *Heinrich von Ofterdingen*, y dedicara su *Christenheit oder Europa* a un ideal más soñado que real de cristiandad.

F. Schlegel sufrió un golpe cuando, terminado su escrito en 1795, cayó en sus manos, aún fresco de la imprenta, *Über naive und sentimentalische Dichtung* de Schiller, que establecía una morfología muy análoga a la de él. Inmediatamente compuso un prefacio para la publicación de su ensayo (que sólo tuvo lugar en 1797), en el que reconocía que el de Schiller le había «dado una nueva luz sobre los límites de lo clásico», y pasaba a defender su categoría de «poesía interesante». No se la debe «pasar por alto, porque entoces se cae en el peligro de confundir lo sentimental con lo lírico. No toda manifestación poética del impulso hacia lo infinito es sentimental, sino sólo aquella que está ligada a una reflexión sobre la relación de lo ideal con lo real» (*op. cit.* pág. 207). La *polaridad* romántica venía así a ser subrayada.

Constatamos, pues, que la *revolución* romántica no surge por reacción, pugna o afán de conflicto. Al principio de este artículo afirmábamos ya, que lo único que verdaderamente puso de lado fue la Ilustración. El espíritu

romántico de radical renovación, que pretendía hurgar en el abismo humano trayendo a la luz sus fuerzas ocultas, sus afanes ilimitados, su enlazamiento con todos los niveles de lo real y del universo, se tenía que apartar, quisiera o no, y de modo radical, del fátuo encumbramiento del cinismo intelectualista huero o, en el mejor de los casos, de la cándida confianza en una razón inerme, cercenada de su verdadera sustancia, escéptica por naturaleza y pretendidamente «iluminada» por decisión arbitraria. Que el Romanticismo tuvo que abrirse camino en un medio entre sorprendido y hostil, lo que le deparó no pocos conflictos, es innegable. Que los cultivase y fueran su motor interior, es falso.

El Romanticismo temprano portaba consigo un instrumento, nunca totalmente perfilado o aprestado cabalmente para su uso eficaz. En un desenvolvimiento ideal tenían que pulirlo sucesivas generaciones. Nos referimos a su peculiar *paideia*, en la que se involucra su concepto de hombre y de realidad: su ideal de *Bildung* (formación, cultura), la *mision y hazaña humana por excelencia*. Era ésta, justamente, la que presidía para ellos las tres grandes «tendencias» de su época, pues es la *Bildung* la que permite emprender la «misión» humana. Su inspiración les condujo hacia Fichte.

f) La «Bildung» romántica y Fichte

Los primeros románticos han convertido en su maestro a J. G. Fichte (1762-1814), que entusiasma a la juventud desde su cátedra de Jena. Defiende que la libertad es el arcano principio y motor de todo cuanto es, que el hombre es tarea, autodestinyación, gesta, inmolación de sí mismo en la realización inalcanzable del reino de la libertad: «El fin último y supremo del hombre es su perfecta concordancia consigo mismo.» Para eso tiene que esforzarse en buscar la adecuación de las cosas fuera de él con el concepto práctico que tiene de ellas, «con los conceptos que determinan cómo *deben ser*» (*Sobre el Destino del Sabio*, 1794; VI 299). Esta conversión de todo en *materia práctica*, es decir, en campo de acción (no de intervención técnica); esa transformación de *lo que es en lo que debe ser*, no por constricción extraña, sino por imperativo libre del espíritu, acrecienta la realidad humana, que gana para sí, sometiéndola, toda instancia que le sea ajena y hace del mundo su mundo. *Praxis* es el término clave del mensaje fichteano. A su aprendizaje, continuo e incansable le llama *Bildung*, que expresa mucho más que su traducción por «cultura» o «formación», porque apunta, no al enriquecimiento en saberes y modos de comportamiento social, sino al adiestramiento para la acción.

El mensaje de Fichte de la primacía de la libertad, de la creatividad del hombre encuentra amplio eco en muchos románticos. Los de Jena le conocen, le admiran hasta límites insospechados, y algunos le tratan personalmente. Novalis se dedica a serios estudios filosóficos de su obra. Pero cuando le oímos, captamos inmediatamente que la idea de acción y el «orden moral del mundo» cobran nueva figura, como la tarea de la *Bildung* adquiere nivel

sagrado y mágico. Leamos los siguientes textos, como elementos de un todo que va adquiriendo forma: «Estamos en misión: para la *Bildung* de la tierra hemos sido llamados» (HKA 2 427). «El hombre es prosa común; debe llegar a ser prosa más alta, prosa omniabarcante. *Bildung* del espíritu es configuración (*Mitbildung*) del espíritu; y, por lo tanto, religión» (HKA 3 317). «La magia es el arte de usar el mundo sensible voluntariamente» (HKA 2 546). «El encantador es el poeta» (HKA 2 591). «La poesía es lo auténticamente real» (KKA 2 647). «El mundo tiene que ser romantizado (*romantisiert*)» (HKA 2 245). Detengámonos: De los ecos del pensamiento del Fichte ha ido surgiendo otro esbozo, en el que el poetizar se ha convertido en acción radical. *Lo esencialmente práxico ha cedido su puesto a la poiesis.*

Fichte, el gran maestro, no puede ser recibido pasivamente por el espíritu vivo del Romanticismo. Aunque sea su verdadero mentor, los románticos seguirán buscando en Spinoza, también en Kant, en Hemsterhuis, en Jacob Böhme y en muchos otros.

g) La «Bildung» laica: el *Meister* de Goethe y el Romanticismo

Junto a las dos grandes «tendencias» de la época, que ya hemos mencionado, la de la Revolución francesa y la de la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte, nos resta por tomar en consideración el *Wilhelm Meister Lehrjahre* (*Años de aprendizaje de W. Meister*), de Goethe. Su aparición produjo auténtico entusiasmo entre los románticos, si bien Novalis reaccionaría luego contra la famosa obra, aunque a su modo. Se publicó en cuatro volúmenes entre 1795 y 1796, después de una larga gestación de diez años. En el segundo cuaderno de ATHENAEUM publicaba F. Schlegel la histórica reseña del *Meister*. ¿De dónde procedía el entusiasmo con que fue acogida? Responder a este interrogante es avanzar en nuestra comprensión del ideal romántico.

Goethe había alcanzado el apogeo de su fama. El gran acontecimiento de la profunda amistad con Schiller, tan productiva y feliz para ambos, se había producido en 1794. Su madurez era cierta. El *Meister* muestra las vicisitudes de un joven que parte de una visión soñadora del mundo y va despertando a la vida jugando con un teatrillo de títeres (*Puppenspiel*). Cuando sale al mundo real le acontecen innumerables aventuras, entre las que se cuenta el encuentro con el harpista y Mignon. Miles de historias se entrecruzan. Asistimos a un verdadero estudio del *Hamlet*, con motivo de su proyectada puesta en escena. Al final se le revela que ha estado observado por unos «educadores» secretos, que han seguido paso a paso su vida. Termina con proyectos de viaje y boda. (Como es sabido la obra se continuaría con una segunda parte, *Wilhelm Meister Wanderjahre* —*Años de viaje de W.M.*—, que sólo terminó en 1829.) A nuestro parecer la obra está montada sobre tres elementos dinámicos. En primer lugar, los acontecimientos que suceden al protagonista y que provocan en él determinadas *vivencias*. En segundo lugar, la *elaboración* de la mismas en sentido positivo, o sea, sin caer en desengaños ni

actitudes regresivas. Por ej., vuelve a buscar a Mariane, después de su «engaño». Por último; la misteriosa acción *in distans* de unos «educadores», que *no intervienen* directamente.

Pues bien, pensamos que, lo que los románticos detectaron inmediatamente en la obra es que era *la historia de una Bildung*. Efectivamente, la gran obra de Goethe era el primer brillante espécimen del estudio de una evolución personal. (Como tal se piensa que ha influido en la gestación de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel.) ¿No es ésta, a fin de cuentas, la fundamentación filosófica de la génesis de la autoconciencia? Esa gesta descrita por la pluma de Goethe, la del devenir de una formación espiritual, en el seno de una experiencia incesantemente vivenciada, es lo que provocó su entusiasmo. Pero hubo alguien que reparó en una instancia desatendida por la mayoría de los miembros del grupo: la de la trayectoria a que apuntaba dicha *Bildung*. Esta partía de un mundo fantaseado, pletórico de imágenes y ensueño, y arribaba, tras singulares y a veces dolorosas experiencias (por ej., la muerte de Mignon y, antes, la del padre de Wilhelm), a un estadio más sereno, más *conformado* con la realidad: echaba anclas en el puerto de la prosa.

Novalis emprendió su *Heinrich von Ofterdingen*, que la muerte truncó, y que la piedad de sus amigos F. Schlegel y L. Tieck movió a publicar al año de su muerte, aún en su *status nascendi*. Heinrich, el protagonista, también parte de un mundo ensoñado. Precisamente, al inicio de la historia *sueña con una flor azul* hermosísima, en la que se adivina un tierno rostro que se vuelve hacia él. Su brusco despertar le torna a la realidad. Pero Heinrich sabe ahora lo que quiere: buscar la flor azul. Y sale en su búsqueda. Aventuras le acechan que le conducen cada vez más a un mundo poético en que el símbolo triunfa y del que se enseorea la fantasía sin límites del gran poeta Novalis que, en su éxtasis, abandonó este mundo en la irremediable renuncia. La flor azul se convirtió en el símbolo visible del romántico y le sobrevivió. Nos dejó un estremecedor mensaje: ese ponerse en el *devenir*, que es la esencia de la *Bildung* del Romanticismo, no puede apuntar a la prosa pragmática de un Meister. Mas tampoco a un ilusionismo sin salida a la *realidad*, que exigen el querer, la intuición, el sentimiento y las grandiosas realizaciones de la razón y del espíritu, en las que había creído Novalis mismo, antes de sentir aquella fatiga mortal que expresó en los versos de los *Hymnen an die Nacht*: «¿Tiene que retornar siempre la mañana? ¿No tendrá final nunca el poder de la tierra?» (HKA 1 132). No, el gran caudal del Romanticismo, de tan ricos y generosos afluentes, que desemboca aún en nuestro siglo, tantas veces ignorante de sus raíces, conserva la flor y se conduce, sin aceptarlo, del fragmento de Novalis que dice: «La auténtica acción filosófica es el suicidio» (HKA 2 395).

5. Hitos de la lenta y aún incipiente tematización del Romanticismo

Han sido los mismos románticos, desde los primeros momentos, sobre todo conducidos por la primera teorización de «empresa» llevada a cabo por F. Schlegel, los que han designado su misión de modo entusiasta como «romántica». A. W. Schlegel contribuirá a convertir cada vez más el término en categoría histórico-literaria. En sus cursos de Berlín de 1802 y 1803, continuación de otros precedentes y complemento de los mismos, desarrollará sus lecciones sobre *Historia y Característica de la Poesía de las Principales Naciones de la Europa moderna o romántica*. Tanto para él como para su hermano menor el Romanticismo representa la más alta Poesía que, aliada a la Religión y la Historia, debe llegar a lo más profundo de la naturaleza humana. Para F. Schlegel dotado de más fuerza (y también de mayor veleidat), pero más íntimamente ligado al ideal de naturaleza que le trasmite Novalis, al de la Ética que llega a compartir con Schleiermacher y creador de una Hermenéutica que supera todos sus precedentes, el término «poesía» está entroncado con la íntima esencia de la «poésis». Este será quizá el único punto de coincidencia que el joven Schelling tendrá con él, salvando las distancias que su sistema filosófico y su propio carácter harán intervenir.

En el famoso fragmento 116 de *ATHENAEUM* escribía F. Schlegel: «La poesía romántica es una poesía universal progresiva... Sólo ella puede, como la epopeya, convertirse en un espejo del mundo circundante... Ella es capaz de la cultura (*Bildung*) más elevada y más universal... El estilo poético romántico está aún en devenir; ésa es inclusive su esencia propia, el que sólo puede estar en devenir eternamente, el que nunca puede estar completo. No puede agotarse por ninguna teoría y sólo una crítica adivinatoria podría atreverse a caracterizar su ideal. Es lo único infinito, como es lo único libre, y reconoce como su primera ley el que el arbitrio del poeta no admite ninguna, pues el arbitrio no soporta la ley» (K.A. II 182/183). Ya antes en *Lyceum* (revista que precedió a *ATHENAEUM* en 1797) escribía en el fragmento 115: «Toda la historia de la poesía moderna es un comentario continuo al breve texto de la Filosofía. Todo arte debe llegar a ser ciencia y toda ciencia, arte. Poesía y Filosofía deben estar unidas» (K.A. XVIII 161). Lo «clásico» era caracterizado como «regresivo» (K.A. XVIII 23). «En comparación con el todo, lo singular es siempre clásico; el todo, lo progresivo» (ibi. 92). Para F. Schlegel todo debe aunarse para alcanzar ese ideal poético: «Poesía y Filosofía son, según se las tome, diferentes formas, o también factores de la Religión» (K.A. II 260/261). Un lector avezado en estos y otros textos análogos, puede captar el mundo en ebullición que late en ellos y a la distancia de casi dos siglos empezar a comprender. Pero en los primeros momentos (que se prolongaron por decenios), lo «romántico» debería parecer extravagante y hasta estafalario. Por desgracia, aún hoy produce esa impresión a algunos. Podemos comprender a Goethe cuando, el 2 de abril de 1829, comentaba a Eckermann una ocurrencia que acababa de tener: «A lo clásico le llamo lo sano; a lo romántico, lo enfermo.»

Una visión muy cercana al surgimiento del movimiento romántico, aunque ajena al medio, la ofrece la obra de Madame de Stäel, *De l'Allemagne*, aparecida tras diversas vicisitudes en 1813. La influencia de su mentor en el tema, A.W. Schlegel, es evidente: «Le nom de *romantique* a été introduit nouvellement en Allemagne pour désigner la poésie dont les chants des troubadours ont été l'origine, celle qui est née de la chevalerie et du christianisme» (2ª parte, cap. XI). Sus noticias sobre literatura, religión, filosofía, etc., en Alemania, aunque carentes de toda precisión, se constituyeron en un primer informe literario sobre la nación vecina.

Curiosamente, el primer estudio sistemático conjunto dedicado al Romanticismo, ya presentado bajo el título de *Die romantische Schule* (*La escuela romántica*), está compuesto por un romántico exasperado e incoformista, más panfletario que historiador y fue pensado primero para ilustrar también al público francés. Nos referimos a Heinrich Heine (1797-1856), instalado en París desde 1831. La obra comenzada en 1833 y en francés, la hace pública en Hamburg, en alemán, en 1836. Después de la caracterización convencional (A.W. Schlegel había sido su maestro) de que el romanticismo «no fue otra cosa que el redespertar de la poesía de la Edad Media, tal como se había manifestado en arte y vida en sus cantos, obras figurativas y arquitectónicas. Pero esa flor había surgido del cristianismo, era una flor de pasión, brotada en la sangre de Cristo... Una flor en ningún modo fea, sino sólo fantasmagórica, cuya visión provoca un horrible placer en nuestra alma, como las dulces sensaciones convulsivas que surgen del dolor mismo. En este sentido tal flor podría ser el símbolo más adecuado para el mismo cristianismo, cuyo estímulo más truculento radica justamente en la voluptuosidad del dolor» (S. Werke IX, págs. 14/15). No será preciso recordar que Nietzsche tenía a Heine en la mejor consideración, lo que no era habitual en él respecto a nadie.

Pero tenían que pasar aún decenios para que «la escuela romántica» mereciera la atención seria y sopesada de estudios historiográficos de altura. El año clave fue el 1870. Aparecen a la vez dos obras de desigual importancia que hacen época. Una es de Hermann Hettner con el título de *Goethe und Schiller*, tercera parte de su *Historia de la literatura del siglo XVIII*. A dicha parte le dio el título en su tercera edición de 1879 de *Historia de la literatura de la época de Goethe* (*Literaturgeschichte der Goethezeit*, reeditada en 1970). Este libro de 800 págs., que conserva aún frescura e interés, enfoca en primer lugar el *Sturm und Drang*, el desarrollo de las obras de Goethe y Schiller, para pasar al nacimiento del Romanticismo y del mundo literario y filosófico que le rodea. En el espacio que le dedica, menciona a sus más importantes miembros, insiste en el papel dado a la fantasía y se muestra en desacuerdo con su ruptura de las formas (*Formlosigkeit*, pág. 612). La obra tiene interés para conocer el escenario en que se sitúa el Romanticismo y el período clásico, del que ofrece una visión rica y ya madura, aunque lógicamente resulten hoy discutibles muchas de sus perspectivas.

La obra de gran impacto histórico en relación al Romanticismo fue otra,

la de Rudolf Haym, *Die Romantische Schule. Ein Beitrag zur Geschichte des deutschen Geistes* (*La escuela Romántica. Una contribución a la historia del espíritu alemán*. Ha sido reeditada en 1961). A lo largo de sus cerca de 1000 págs., en las que muestra grandes conocimientos y dotes de reflexión para la construcción de un morfema histórico-cultural, se convierte en la primera gran exposición e imprescindible obra de consulta, del Romanticismo alemán. Manejó un inmenso material, tomando en cuenta estudios inportantes, como los Dilthey, que polemizó con Haym sobre algunos puntos. Paul Kluckhohn podía escribir sin embargo de ella en 1961, que es «obra superada hoy en su concepción, pero todavía imprescindible en los detalles». Arranca del estudio de Tieck y Wackenrode, dando especial importancia a los Schlegel y al grupo de Jena, sin dejar de detenerse en Schelling. Ya reconoce el papel de maestro que ha tenido Fichte para el Romanticismo (págs. 14 ss., 214 ss., y 256 ss.). Se detiene mucho en el concepto de «Bildung» (formación, cultura) que aporta el movimiento romántico (pags. 7 ss., 121 ss., 550, 643, 696, etc.). Lógicamente presta gran atención a su significación en el campo de las investigaciones de textos de literatura y, en general, para la filología histórico-crítica. Curiosamente no destaca el papel de *símbolo* y de la *fantasía* en la creatividad romántica, aunque repara en el de la *ironía*. En suma, la contribución fundamental de la obra de Haym consiste en haber acotado un campo rico en sugerencias y difícil de definir, dejando de lado apreciaciones vagas y, sobre todo, parciales (de repulsa, inmotivadas, partidistas), forzando el que los futuros estudios tengan que hacer uso de una metodología cada vez más apropiada y estricta. No es de extrañar que a partir de 1870 se hiciera más perentoria la necesidad de editar textos más cuidados, aumentaran las pesquisas y se afinara la mirada crítica.

En ese mismo año 1870 vio la luz la primera gran investigación sobre un pensador romántico. Nos referimos a la obra de Dilthey, *Leben Schleiermachers* (*Vida de Schleiermacher*), que abarca en un estudio ejemplar (de unas 550 págs. de texto, más cerca de 140 de inéditos) la evolución de este gran pensador hasta aproximadamente 1800. El resto del libro de Dilthey parecería un siglo más tarde (en 1966, como vol. XIV de sus *Gesammelte Schriften*, en dos tomos). Dilthey se había distinguido ya por sus artículos sobre Novalis y Hölderlin, que junto a otros sobre Lessing y Goethe constituirían su famosa obra publicada en 1905, *Das Erlebnis und die Dichtung*, que tuvo un amplio eco (*Vivencia y Poesía*; fue traducida al español con algunos escritos más de Dilthey en 1945, con el título de *Vida y Poesía*). Otros muchos de sus estudios aludirían o se centrarían en este amplio y rico período, el área más precisa de su especialización de historiador, al que nunca dedicó la gran obra unitaria que podría esperarse de él. Con todo, el conjunto de los mismos constituye la gran aportación de la historiografía moderna (de la que en gran medida él es el responsable) a esa época. Téngase presente que él fue el directo estimulador de definitivas investigaciones y publicaciones de textos, como los de Nohl del «joven Hegel» (expresión acuñada por Dilthey), y que, en general, ninguna investigación sobre esa época puede dejar de tener en

cuenta lo que Dilthey pensó de ella. Pero no ha vuelto a haber un segundo Dilthey y difícilmente se puede imaginar que a pesar de las ediciones críticas que comenzamos a tener (de Novalis, de F. Schlegel y otros) y que tanto facilitan el trabajo, puede emprenderse hoy ya el esbozo de lo que ha representado para la auténtica modernidad la aportación del Romanticismo.

En la inflexión al siglo XX una eminente literata, Ricarda Huch (1864-1947), atraía el interés general sobre el Romanticismo de otro modo. Entre 1899 y 1902 publicó en dos partes un vibrante estudio sobre el primer movimiento romántico, que posteriormente se ha editado con el título único de *Die romantik. Ausbreitung, Blütezeit und Verfall* (Tübingen, 1951; *El Romanticismo. Difusión, florecimiento y decadencia*). Está construido sobre un conocimiento amplísimo de los escritos de ese período, dejando de lado aparentemente apoyos historiográficos, y con gran sensibilidad y penetración. Se ha dicho que es «la primera obra romántica sobre el Romanticismo» (Willy Haas). Ha conseguido transmitir hasta nuestros días una imagen bella, armónica e incitante del Romanticismo. Pero al mismo tiempo contribuía a orientar la atención, una vez más, hacia los textos literarios del período, aunque no se ocultase la concepción del mundo y del hombre que encierran.

La reducción del amplio morfema del Romanticismo fundamentalmente a sus primeras manifestaciones, y concretamente a las literarias, donde reina la exaltación, la tumultuosa fuerza de un pensamiento poco elaborado aún y un entusiasmo desbordante, que a veces puede pasar por fanático, no contribuyó a despejar enigmas. Nuestro siglo se puso en marcha con ideas confusas acerca del Romanticismo y puede afirmarse que no ha sido superado ese estadio. Eso sí, los germanistas han contribuido de modo muy importante a la publicación de ediciones críticas imprescindibles y a estudios particulares de gran valor. En 1968 Helmut Prang reunió bajo el título de *Begriffsbestimmung der Romantik (Definición del concepto de Romanticismo)* una cuidada selección de 22 estudios sobre el tema, que abarcan trabajos desde 1911 hasta la fecha de publicación de la obra. Sin negar que ofrecen aportaciones de gran interés, constatamos sobre todo la falta de acuerdo, la disparidad de opiniones y el recurso al *ensayo* a que les obliga el *status quaestionis* mal delimitado. Y debe tenerse en cuenta que se han reproducido estudios de la autoría de Carl Smitt, von Bellow, Ullmann, Benno von Wiese, Walzel, Korff, Guardini, L. Marcuse, entre otros igualmente destacables.

Mientras tanto el Romanticismo ha entrado a formar parte de las grandes historias de la literatura que, desde el punto de vista en que se sitúan constituyen la mejor visión de conjunto y el aporte más importante al tema. Pensamos naturalmente en obras de gran envergadura montadas sobre sólidas bases de investigación. En este sentido nos parece modélica la de Hermann August Korff, *Geist der Goethezeit. Versuch einer ideellen Entwicklung der Klassisch-romantischen Literaturgeschichte. (El espíritu de la época de Goethe. Ensayo de un desarrollo ideal de la historia de la literatura clásico-romántica)*. De sus cuatro volúmenes, los dos últimos están dedicados al Romanticismo temprano y al de la segunda generación, respectivamente. En sus más de

1300 págs. consigue Korff pergeñar el cuadro, posiblemente más perfecto, de lo que se puede conseguir en este tema en el que hay «gran desconocimiento del asunto» (Pról. a la primera edición). Los vols. dedicados al Romanticismo aparecieron en 1940 y van hoy por su 10ª edición.

Para una primera y orientada información sobre el Romanticismo pueden ayudar algunos manuales. Uno clásico es el dirigido por F. Mossé, *Histoire de la Littérature Allemande* (Aubier). Nuestro tema ha sido trabajado por Grappin y Plard. Naturalmente remiten fundamentalmente a estudios alemanes, con excepción de un par de sugestivas obras francesas, como son las de R. Ayrault y A. Béguin.

Antologías de estudios monográficos sobre diversas cuestiones y asuntos, pueden igualmente iniciar al lector. Por ejemplo, la editada por Hans Steffen, *die deutsche Romantik. Poetik, Formen und Motive*, 1967. Steffen comienza el prólogo de la selección con estas palabras significativas: «Una publicación sobre el Romanticismo alemán parece hoy una audacia.» Cuán verdadera es su actitud prudente lo demuestra el hecho de que algún estudio aquí incluido, como el del eminente Volkman-Schluck sobre el *Idealismo mágico de Novalis* (págs 45-53), a pesar de su gran belleza y fascinante construcción, está hoy superado por el material sobre Novalis que nos ofrece la última revisión crítica de la edición de Kluckhohn y Samuel (¡y hace poco han aparecido un par de centenares de hojas manuscritas de Novalis, que aún no sabemos si vendrán a modificar nuestra visión acerca de él!). Más caduco y de menor consistencia es el material ofrecido por Albert Béguin en *Le Romantisme allemand*, que ha ido modificando el contenido de una primitiva colección de estudios de 1937, a la posteriormente aparecida en un número especial de *Cahiers du Sud* en 1946, y a ulteriores publicaciones independientes.

Otros filósofos, aparte de Dilthey, han hecho valiosos estudios sobre el Romanticismo alemán. Recordemos a Nicolai Hartmann en su importante obra *Die Philosophie des deutschen Idealismus. I Teil, Fichte, Schelling und die Romantik* (*La filosofía del idealismo alemán. 1ª parte, Fichte, Schelling y el Romanticismo*). Dicho primer volumen se publicó en 1923; en 1960 se editó por segunda vez, junto con el segundo, que había aparecido en 1929 y que está íntegramente dedicado a Hegel. Hay traducción española, de la Ed. Sudamericana, 1960). Presenta como precursor del Romanticismo a Frans Hemsterhuis (1721-1790), pensador holandés muy leído por los románticos de Jena y de tendencia mística. Escribió en francés (la edición de sus *Oeuvres philosophiques* se ha reproducido en 1972, a partir de la edición de las mismas de 1849-1850). Es interesante el que Hartmann subraye, con razón, la presencia de Hemsterhuis en el Romanticismo. Otros estudiosos de tradición latina suelen acentuar más la importancia de J. J. Rousseau. La obra referida estudia a continuación a F. Schlegel, Hölderlin (que no es tan seguro que sea «romántico», al menos desde el punto de vista del estilo y formas literarias), Novalis y Schleiermacher. En conjunto puede servir para una primera información, aunque con reservas.

Mayor interés tiene la obra de Ernst Cassirer, *Idee und Gestalt. Goethe*,

Schiller, Hölderlin, Kleist (2ª ed. 1924; reproducción en 1975). No pretende esclarecer dimensiones del Romanticismo, pero constituye una aportación relevante para el estudio de ciertas vertientes filosóficas del contexto romántico, como son los dos estudios dedicados a Goethe, la relación con el Idealismo alemán de Schiller y Hölderlin y la de Kleist con el pensamiento kantiano.

Por último, para no hacer inacabable esta indicación de referencia a estudios «clásicos», mencionaremos la obra de Georg Lukács, *Goethe und seine Zeit*, aparecida en 1947. Contiene una serie de trabajos del autor, surgidos en los años treinta, en relación a Goethe (interesantes sus *Fauststudien*), uno dedicado a Schiller y otro a Hölderlin. Como la obra de Cassirer, puede contribuir a un mejor conocimiento del período, aunque su conocida tendencia a «ideologizar» sus investigaciones, le resta a nuestro parecer, valor. No debe olvidarse el breve, pero interesante estudio de Lukács sobre *Novalis*, de 1908, que incluyó posteriormente en *Die Seele und die Formen. Essays (El alma y las formas. Ensayos)* aparecida en 1911, aunque esté hoy anticuado.

Que el único manual sobre el Romanticismo desde el punto de vista histórico-filosófico sea de 1929, es sintomático. Nos referimos a la obra de Hinrich Knittermeyer, *Schelling und die romantische Schule*. Es una monografía (de casi 500 págs.) entre un vasto conjunto de 40, que constituyó una empresa importante de los años veinte de nuestro siglo como concepción nueva de Historia de la Filosofía. No deja de ser un manual, pero que en su conjunto ofrece un material importante. Estudia a los pensadores románticos al hilo de la exposición cronológica de Schelling. Capítulos sobre el Romanticismo de otras Historias de la Filosofía posteriores, no merecen la menor mención.

SIGLAS UTILIZADAS

Ak. Ausgabe = *Kants gesammelte Schriften*, editados a partir de 1902 (hasta el presente han aparecido 29 vols.) por la Preussische Akademie der Wissenschaften. El número romano remite al volumen y el arábigo a la página del mismo.

HKA = (Historische Kritische Ausgabe) *Novalis. Schriften*, segunda edición a partir de 1960 (que incluye nuevos manuscritos, no descubiertos aún al editarse la primera). Han aparecido cuatro volúmenes, faltando sólo uno complementario. Los números remiten al tomo y la página.

K. A. = *Kritische Friedrich Schlegel-Ausgabe*, editada a partir de 1958. Se publicará en 35 vols., de los que han aparecido hasta el presente 22. El número romano remite al volumen y el arábigo a la pág. del mismo.

Números romanos sin siglas previas = *Johann Gottlieb Fichtes sämtliche Werke* (8 vols., 1845/1846) y *Johann Gottlieb Fichtes nachgelassene Werke* (1834/1835, 3 vols.). Hay ediciones fotomecánicas posteriores en las que se numeran los tomos del I al XI. La cifra arábigo de nuestra cita remite a la pág. del volumen correspondiente.